

# Comunidad Católica de Lengua Española

Remscheid – Wuppertal – Köln – Bonn

Hoja dominical 294 - 08.02.2026

## El Evangelio – La Buena Noticia

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo."

Matteo 5,13-16

## Reflexión al Evangelio

### DAR SABOR A LA VIDA

Una de las tareas más urgentes de la Iglesia de hoy y de siempre es conseguir que la fe llegue a los hombres como «buena noticia».

Con frecuencia entendemos la evangelización como una tarea casi exclusivamente doctrinal. Evangelizar sería llevar la doctrina de Jesucristo a aquellos que todavía no la conocen o la conocen de manera insuficiente.

Entonces nos preocupamos de asegurar la enseñanza religiosa y la propagación de la fe frente a otras ideologías y corrientes de opinión. Buscamos hombres y mujeres bien formados, que conozcan perfectamente el mensaje cristiano y lo transmitan de manera correcta. Tratamos de mejorar nuestras técnicas y organización pastoral.

Naturalmente, todo esto es importante, pues la evangelización implica anunciar el mensaje de Jesucristo. Pero no es esto lo único ni lo más decisivo.

Evangelizar no significa solo anunciar verbalmente una doctrina, sino hacer presente en la vida de las gentes la fuerza humanizadora, liberadora y salvadora que se encierra en el acontecimiento y la persona de Jesucristo.

Entendida así la evangelización, lo más importante no es contar con medios poderosos y eficaces de propaganda religiosa, sino saber actuar con el estilo liberador de Jesús.

Lo decisivo no es tener hombres y mujeres bien formados doctrinalmente, sino poder contar con testigos vivientes del evangelio. Creyentes en cuya vida se pueda ver la fuerza humanizadora y salvadora que encierra el evangelio cuando es acogido con convicción y de manera responsable.

Los cristianos hemos confundido muchas veces la evangelización con el deseo de que se acepte socialmente «nuestro cristianismo». Las palabras de Jesús llamándonos a ser «sal de la tierra» y «luz del mundo» nos obligan a hacernos preguntas muy graves.

¿Somos los creyentes una «buena noticia» para alguien? Lo que se vive en nuestras comunidades cristianas, lo que se observa entre los creyentes, ¿es «buena noticia» para la gente de hoy?

¿Ponemos los cristianos en la actual sociedad algo que dé sabor a la vida, algo que purifique, sane y libere de la descomposición espiritual y del egoísmo brutal e insolidario? ¿Vivimos algo que pueda iluminar a las gentes en estos tiempos de incertidumbre, ofreciendo una esperanza y un horizonte nuevo a quienes buscan salvación?

José Antonio Pagola

## «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré»

Estas palabras de Jesús resuenan como un refugio en medio de tantas cargas que pesan sobre el corazón humano. Jesús no se dirige a los fuertes ni a los perfectos, sino precisamente a los que están cansados: los que luchan cada día por sostener su familia, los que sienten el peso del dolor, los que se frustran ante la injusticia o la indiferencia del mundo. Él no promete eliminar todas las dificultades, pero sí ofrece algo más profundo: descanso para el alma.

Ese descanso no es pasividad, sino encuentro. Jesús nos invita a acercarnos, a estar con Él, a dejar que su mirada y su ternura nos devuelvan la esperanza. En un mundo que nos exige rendir siempre más, su invitación es contracultural: no se trata de hacer, sino de descansar en su amor. En su corazón manso y humilde encontramos un espacio donde podemos ser nosotros mismos, sin máscaras ni defensas. Allí aprendemos a mirar la vida con otros ojos, a cargar las cruces de cada día sin que se vuelvan un peso insoportable.

“Aprended de mí —dice Jesús—, que soy manso y humilde de corazón”. La mansedumbre no es debilidad, sino fuerza que nace de la confianza. Es la paz interior de quien se sabe sostenido por Dios, incluso en medio del cansancio. El humilde no vive comparándose ni exigiendo reconocimiento, sino aceptando su fragilidad como lugar donde Dios se hace presente.

En tiempos de tanto ruido y agotamiento, Jesús nos ofrece su descanso como un acto de amor. Nos invita a detenernos, a respirar, a volver a su fuente. Venir a Él es volver al corazón, donde habita la verdadera paz. Y cuando descansamos en Él, recuperamos la fuerza para seguir caminando, llevando a otros ese alivio que sólo nace del encuentro con su ternura.

Pepe Castillo, sj (Pastoral SJ)

## La sed de verdad

Hace siglos, un anciano sabio fue llamado ante un rey por contar historias que inquietaban. No eran relatos de guerra ni intriga, sino cuentos que hablaban de justicia, compasión y dignidad. El rey, temiendo que esas ideas encendieran el alma de la gente, ordenó que nadie más las escuchara. Antes de ser silenciado, el anciano dijo: “Puedes callar mi voz, pero no la sed de verdad que vive en los corazones”.

Esconder la verdad no siempre ocurre con gritos ni cadenas; muchas veces se oculta bajo silencios cómodos, distracciones o miedos que nos hacen mirar hacia otro lado. Pero la verdad, cuando es genuina, no pertenece a quien la dice, sino a quien la necesita. Taparla es como cubrir un manantial con piedras: el agua buscará filtrarse hasta encontrar la luz.

En la vida espiritual, esa verdad no es solo un dato o una idea: es una presencia. Es la claridad que nos permite vernos como somos, con nuestras luces y sombras. Y aunque pueda incomodar, es también lo único que nos sana. Porque cuando escondemos la verdad —sobre nosotros mismos, sobre los demás o sobre lo que sentimos—, lo que ocultamos no desaparece; simplemente se esconde en la oscuridad, creciendo en silencio.

Jesús mismo vivió bajo las miradas de los que querían callarlo. Le advirtieron que su predicación provocaba, que sus palabras eran “peligrosas”. Pero Él respondió con la libertad de quien no pertenece a este mundo: “La verdad los hará libres” (Jn 8,32).

Él nos mostró que vivir en la verdad es vivir en libertad. No es imponer, no es vencer; es revelar lo que es, con paciencia y amor. Y quizás el mayor acto de valentía sea este: dejar que la verdad que llevamos dentro salga a la luz, aun si es frágil, aun si tiembla. Porque solo cuando se abre el corazón, la luz entra... y la vida florece.

Saúl Marrero (Pastoral SJ)

e-mail: [miscat.rs@arcor.de](mailto:miscat.rs@arcor.de) \* [www.miscatremwupp.de](http://www.miscatremwupp.de) \* Tel.: 02191/668490